

Novela Popular Cinematográfica

Año II
Núm. 45

UN FRAC PARA DOS



25 cénts.

Protagonista
Charles Ray

Revista Semanal

Un frac para dos

*Argumento, en forma de novela, de la película así
titulado. Exclusiva de «Granor», Valencia, 274*

PROTAGONISTA: CHARLES RAY

1

Esteban Morgan, protagonista de este relato, era, cuando lo vemos por primera vez, un artista de gran porvenir; en cuanto a su presente, basta decir que vivía en una buhardilla, que no tenía modelos para sus dibujos o cuadros, y que muchos días se pasaban sin que tuviera nada con que alimentarse.

En la buhardilla vecina vivía otro artista, gran amigo suyo, llamado Juanito Fielding, que también soñaba con la gloria, pero sólo y especialmente después de una buena comida. Y como esto no ocurre con frecuencia, los sueños de gloria de Juanito tampoco son muy frecuentes.

En el momento que estamos conociendo con ambos personajes, ambos estaban en la buhardilla de Esteban, el cual se hallaba dibujando en un lien-

zo el rostro de un bandido, para lo que le servía de modelo su amigo y compañero, el cual se esforzaba por dar a su rostro un gesto fiero, terrible, amenazador.

A Esteban, sin embargo, no le salía bien su obra. Y Juanito, además, se cansaba ya de hacer el hombre terrible. Se levantó, pues, y comenzó a andar por la estancia, llena de cuadros a medio pintar y de otras muchas cosas extrañas.

Esteban, al ver que se iba, gritó:

—¡Si no sigues haciendo el bandido, cuando necesites un modelo se lo irás a pedir a Santa Rita!

Juanito comprendió la razón que asistía a su amigo y volvió a posar, fumando un cigarrillo.

Cuando Esteban le miraba, ponía el gesto fiero; cuando no le miraba, por hallarse pintando, fumaba.

—¡Pon un gesto bien salvaje!—rogó Esteban.

Y Juanito, fijándose por primera vez en lo que pintaba su amigo, exclamó:

—¿Sabes que estás haciendo un bandido tremendo?

Esteban sonrió y repuso:

—Sí; tan tremendo, que presiento que me van a meter en la cárcel.

Rieron ambos. Luego, Juanito, como interesado en el cuadro de su amigo, preguntó:

—¿Qué es lo que necesitas para terminar tu cuadro?

—Necesito ¡un bandido!... ¡Un verdadero bandido!

Juanito, antes de contestar, se puso en pie y fué hasta un rincón de la estancia, de donde volvió con un espejo; puso a Esteban el sombrero, o sea las alas de un sombrero, improvisadas para, dejando salir por arriba el cabello, dar la sensación clara,

según ella, de cara de bandido, y dijo, entregando a su amigo el espejo:

—Toma este espejo y mírate. Tú tienes más cara de bandido que yo.

Dicho esto, salió hacia su buhardilla. Esteban siguió pintando, sirviéndose él mismo de modelo. Pero se desesperaba. No le salía el cuadro como él deseaba.

Entretanto, en otra parte de la gran ciudad, Betty Plimton, una muchacha encantadora, después de haber pasada dos años en un colegio aristocrático, regresaba a la casa paterna.

Su padre, Eulogio Plimton, millonario por los cuatro costados, era un hombre que se había acostumbrado a dejar a su hija en una libertad absoluta.

Así, la bella muchacha fué al colegio por propia voluntad, y ahora lo abandonaba también porque así lo creía conveniente. Y ni su padre sabía siquiera que había de llegar. Lo sorprendió, pues, en su despacho, donde, abrazándole, gritó:

—¡Hola, papafío!

—¡Caramba! ¿Tú? Ven a mis brazos.

Charlaron un rato. Luego ella dijo, súbita:

—Voy ahora mismo a sorprender a nuestra vecina la señora Morgan... Seguramente no sabe que he venido. No espera, por lo tanto, mi visita. Le daré una gran sorpresa.

Y salió corriendo de la estancia, alegre y gentil, hacia la puerta, donde aun estaba su auto.

Mientras ella iba hacia el domicilio de la señora Morgan, que estaba al lado del suyo, Juanito, que había vuelto, como hemos dicho, a su buhardilla, se tendió en su cama y poniendo un lienzo sobre sus rodillas levantadas comenzó a dibujar. Claro es que si hubiera dibujado sentado sus obras habrían

sido mejores, pero, la verdad, su novia más amada era la pereza.

La señora Morgan, millonaria, era tía de Esteban, nuestro protagonista; el mayor defecto de esta buena señora era el de creer que los artistas están condenados a ayuno perpetuo por dedicarse a un trabajo inútil.

Cuando llegó ante ella la joven y alegre Betty, no la reconoció, y ésta, dándose cuenta de ello, exclamó:

—Pero ¿es posible que no se acuerde usted de mí?

—No.

—Soy Betty Plimton, su vecina...

—¿Es posible? ¿Tú eres Betty, aquella chiquilla tan traviesa?... ¡Caramba! ¡Hay que ver lo que cambia una muchacha en unos años!

Se abrazaron, contentas, de un modo efusivo.

Luego, Betty preguntó:

—¿Y qué me dice usted de su sobrino Esteban? ¿Hace más tiempo que no le ha visto!

—Se le ha metido en la cabeza ser artista y vive a lo bohemio en una buhardilla... Total, perder el tiempo, cuando al lado de mi marido podía tener un brillante porvenir...

—Me gustaría saber si Esteban sigue acordándose de mí... ¿Jugamos tanto juntos cuando éramos niños los dos!

—Su dirección es: calle de la Sinfonía, número 611.

Se despidió Betty. Y la señora Morgan, como habían hablado de su sobrino, recordó que debía ir a visitarle por si le faltaba alguna cosa. Fue, pues, en seguida. Aunque no con mucha frecuencia, en su papel de tía amable y complaciente, se

resignaba a subir los muchos escalones que conducían a lo que Esteban llamaba camino de la gloria...

Al entrar la buena señora en la buhardilla, sorprendió a su sobrino con el cabello de punta saliendo por entre las alas de un sombrero, y haciendo gestos tremebundos que él mismo miraba en el espejo y quería trasladar al lienzo.

Acercándose al futuro hombre célebre, su tía le dijo:

—¿Y esto es lo que tú llamas arte?

Esteban no contestó.

Insistió su tía:

—Hablemos seriamente, Esteban... ¿Todavía no estás convencido de que Dios no te llama por el camino del arte?

—Si cree usted que voy a renunciar a mis planes para convertirme en un echupatatas al lado de mi señor tío, se equivoca usted de medio a medio...

Juanito, que en cuanto oía llamar a la puerta de su amigo se alzaba de su cama y miraba a ver quién era el visitante, habiendo visto a la señora Morgan llegar, vino a saludarla. Y ésta, que ya le conocía, le preguntó:

—¿No le parece a usted, señor Fielding, que es una tontería desperdiciar un empleo serio y bien retribuido por una profesión llena de disgustos y de privaciones?

—Señora—contestó Juanito con dignidad,—el arte exige sacrificios... Dña. llegará en que los mercaderes que andan por el mundo se inclinarán ante nuestras obras geniales.

Dicho esto, y comprendiendo que la señora Morgan quería hablar a solas con su sobrino, se alejó hacia la puerta; pero una vez allí no se atrevió a marcharse. Y oyó que la señora decía a Esteban:

—¿Necesitas dinero, Esteban?... Dilo con franqueza.

Esteban, que no quería admitir la protección de su tía, sabiendo que ella no estaba conforme con que se dedicara a la pintura, a pesar de que se hallaba en grandes apuros, contestó sin vacilar:

—No, tía; gracias... Mis cuadros me producen lo bastante para vivir con cierta holgura.

Juanito, oyendo esto, se desesperó y empezó a hacer signos a su amigo para que no rechazara el dinero. Pero Esteban no le hizo el menor caso. Su tía, pues, se despidió sin dejar ni un céntimo. Y en cuanto hubo salido, Juanito gritó:

—¡Imbécil, doscientas mil veces imbécil!... ¡Te atreves a rehusar dinero, cuando sabes que no hemos probado la carne en una semana!

Esteban sonrió y dijo:

—¿Tienes razón!... ¡Mira a ver si la alcanzas y le das un sablazo con todas las de la ley!

Juanito se dispuso a poner en práctica este consejo. Pero ya era tarde. Se oyó el ruido del auto de la señora Morgan que partía.

Pero era aquel un día providencial. Apenas había salido la tía de Esteban, cuando se presentó en la buhardilla el señor Harquer, mercader de cuadros, que se dignaba también subir todos los escalones hasta llegar al refugio de los dos genios ignorados.

Juanito comenzó a mostrarle todos los cuadros que tenían terminados. Ante los cuales el mercader se quedaba indiferente.

—¿A este tío—dijo Juanito a su amigo en una ocasión en que el mercader no podía oírle—no le vendemos un cuadro ni poniéndole un trabuco en el pecho?

Un momento después, habiéndose alejado Juanito, el mercader dijo a Esteban:

—Usted tiene talento suficiente para hacer cosas grandes... ¿Por qué pierde usted el tiempo pintando conterías?

—Uno tiene que comer...

—Rectifico—gritó Juanito.—Son dos los que tienen que comer.

Rieron todos.

El mercader preguntó a Esteban:

—¿Puedo ayudarle en algo?... Mi cartera está siempre a disposición de los artistas que prometen...

Rechazó la oferta Esteban con un gesto. Juanito, desde la puerta, como poco antes, le hacía signos para que aceptara. El mercader insistió:

—Créame usted, Esteban... Lo que usted necesita son modelos, modelos de carne y hueso, que sean para usted fuentes de inspiración...

—¿Pero cómo voy a tener modelos sin dinero?

—Será porque no querrá usted tenerlo... Yo le he ofrecido mi cartera con buena voluntad.

Volvió Esteban, con un nuevo gesto lleno de dignidad, a rechazar el ofrecimiento.

Y el mercader se despidió.

Juanito, de tan desesperado que estaba, no dijo ninguna palabra gruesa a su amigo. Saló en silencio y se metió en su buhardilla.

Esteban, ya solo, pensó en las palabras del mercader.

—Sí—dijo,—me hace falta un modelo.

Y, decidido, escribió en un trozo de papel:

«Se necesita señorita modelo, buena presencia. Dirigirse calle de la Sinfonía, 611.»

Envío, en sobre cerrado, a un periódico, para su próxima edición de las primeras horas de la tarde, el anuncio.

Y mientras llegaba la modelo de carne y hueso, que Esteban no dudaba habría de venir, pensó que no debía perder el tiempo y que debía agenciarse otro modelo, si no perfecto, más económico.

Fue, pues, a una buhardilla vecina, donde vivía una joven sola, y le rogó le prestara, para unos momentos, su sombrero.

La joven, entregándoselo, le dijo:

—Por Dios, trátelo usted con cariño! ¡Mire que es el que tengo para las solemnidades!

Esteban subió a su estudio con el sombrero de la vecina y, provisto de un lienzo nuevo, poniendo el sombrero sobre un palo, comenzó a dibujar. El sombrero, claro es, no se estaba quieto. El dibujo, por ello, no salía muy bien. Esteban, malhumorado, cogía el sombrero, una y otra vez, como para obligarlo a una quietud total, cosa imposible. Pronto el sombrero estuvo, de tanto manosearlo, como un guilapo. De súbito, cuando más enfrascado estaba Esteban en su trabajo, llamaron a la puerta. Era Betty, que, aprovechando la libertad de acción en que la dejaba su padre, iba a visitar a su amigo de la infancia.

Como la puerta nunca estaba cerrada, Esteban contestó:

—¡Adelante!

Llamaron otra vez.

—Entre!—gritó Esteban.

Entró Betty.

Pero como no la oyera entrar el pintor, gritó de nuevo:

—¡ENTRE!

—Ya estoy dentro—contestó Betty.

Esteban abandonó su trabajo al oír aquella voz de mujer. Se puso en pie y fué hacia la joven, a la cual, desde el primer momento, supuso la modelo

perdida por el anuncio. Esteban no se daba cuenta de que aun no era la hora en que salía el periódico. Pero como no conoció a Betty, ni esperaba ninguna visita, dió como cosa cierta que era la modelo. Con esta idea en la mente comenzó a mirar a la joven por delante, por detrás, por ambos lados,



a la cara, a los pies, lo cual asombraba cada vez más a la visitante.

Al fin Esteban dijo:

—Sí... Creo que usted me servirá... Usted será la fuente...

Nuevo asombro de Betty, que preguntó:

—¿La fuente?...

—Sí, la fuente de inspiración... Usted viene porque ha leído mi anuncio pidiendo una modelo, ¿no es eso?

Betty, dándose cuenta, al fin, de lo que signifi-

caban las miradas inquisitivas de Esteban y sus palabras misteriosas, contestó:

—¿Yo?... Sí..., sí, señor...

—Pues bien; si quiere usted, pase al tocador y empiece a quitarse esos rizos tan ridículos.

Betty iba a contestar, pero acordándose del papel que le tocaba en aquella extraña comedia que empezaba, no dijo nada.

Esteban agregó:

—¿Por qué las muchachas se rizan el pelo de un modo tan feo?

—¿Y por qué los muchachos—repuso Betty sonriendo—hacen preguntas tan tontas?

—Señorita—contestó Esteban queriendo aparecer serio,—observo que se permite usted muchas familiaridades.

—Las mismas que se permite usted..., maestro.

—Es usted una modelo un poco libre.

—¿Sí?

—Sí. En el anuncio yo pedía una modelo joven, pero no libre.

—Podía usted haberlo dicho.

—Bien. ¿Podemos empezar ya, señorita...?

Julieta... Julieta Shamon.

Juanito, que desde su mirador había visto entrar a la joven, vino a ver de qué se trataba. Se quedó un poco asombrado ante la belleza de Betty, y en seguida se acercó a ella y trató de emprender conversación.

Esteban le hizo notar que estorbaba, y Juanito, para justificar su presencia, dijo:

—Vengo a ver si me puedes prestar el amarillo...

Esteban le entregó lo que pedía y le acompañó hasta la puerta. Juanito no tuvo, pues, más remedio que marcharse. Y en cuanto entró en su buhar-

dilla arrojó al suelo el amarillo, que para nada necesitaba, y se tendió, como de costumbre, en su cama.

Esteban, entretanto, indicaba a Betty cómo tenía que posar y comenzaba con entusiasmo su trabajo.

Pero aun no había tirado nada más que dos o tres líneas en el blanco lienzo, cuando se presentó la vecina a recoger su sombrero, pues tenía que salir a la calle.

Esteban se lo entregó con amabilidad. La vecina entró en el tocador para ponérselo y en seguida se dio cuenta de que ello era imposible: tan estropeado lo había dejado el pintor.

Por esta causa aquella mujer armó un escándalo monumental, y hasta quería pegar a Esteban, el cual, para defenderse, iba de una a otra parte de su estudio sin saber qué hacer. Al fin logró decir:

—¡Por Dios, Hortensia, no se ponga usted así! Le aseguro que en cuanto venda el cuadro que ahora empiezo, le compraré uno mucho mejor que el que le he estropeado...

Juanito, que acudió, logró calmar a la dueña del sombrero. Y la acompañó hasta la puerta, saliendo él también, diciéndole:

—¡Todo por el arte, vecina!... ¡Usted no sabe los sacrificios que exige el arte!

Pero Hortensia, malhumorada, replicó, alejándose:

—¡El arte!... ¡Que se vayan al diablo el arte y los artistas!

Esteban, libre ya de todos, comenzó a trabajar. Y con notabilísimos resultados. El primer modelo «de carne y hueso» despertó su inspiración y daba pinceladas perfectas, como un iluminado. En pocos días, que transcurrieron para él en un estado de

fiebre creadora, y durante los cuales no faltó, ni un momento de los señalados para ello, la modelo, tuvo terminada su cuadro, una obra realmente artística.

El día que terminó su trabajo estuvo frente al lienzo varias horas, contemplándolo con arrobo, como si estuviera enamorado de él. En efecto, ningún artista estuvo nunca más enamorado de su obra que Esteban de su cuadro.

Juanito también estaba admirado de la obra de su amigo. Pero, mirando a Betty, exclamó:

—Con tal modelo, cualquiera es capaz de pintar cuadros estupendos.

—Déjese usted de piropos—le contestó la joven, señor galanteador, y acompañeme a dar un paseo en mi coche..., porque lo que es su amigo, ¿cualquiera lo separa de su obra?

—¿En su coche?—preguntó, sorprendido, Juanito.

—En el coche de todos—rectificó Betty;—quiero decir, en el tranvía...

—Voy volando a ponerme un poco presentable. Salió y dejó a Esteban y a la joven solos. El pintor estaba tan embelesado ante su obra, que no dijo ni una palabra a Betty, ni se dio cuenta de cuando ésta, en unión de Juanito, abandonó la buhardilla.

Pero ella, que además de admirarle le quería, tanto por los recuerdos que guardaba de la niñez, cuanto por la nobleza de su carácter, que había descubierto ahora, dijo a Juanito cuando bajaban la escalera:

—¡Qué lástima que su amigo no nos acompañe! La verdad es que para él no hay otra vida que la de su arte...

—Déjémosle—repuso riendo Juanito—si es ton-

to y no sabe disfrutar del momento de alegría que pasa...

Siguieron hablando, en tono superficial, hasta que salieron de la casa.

Esteban, cuando se dio cuenta de que estaba solo, salió de su buhardilla y se encaminó a la de su vecina. Llamó y, cuando salió la joven, le dijo:

—Hortensia, está usted incomodada conmigo, y con razón... Pero vengo a decirle que es usted una muchacha a la que aprecio y para la que guardo el más profundo agradecimiento. Ya he terminado mi cuadro. En cuanto lo venda, lo compraré un sombrero y la invitaré a ir donde usted quiera.

Hortensia, que no estaba de buen humor, apenas escuchó a Esteban y le despidió de modo poco amable. El joven pintor volvió, un poco apenado, a su estudio.

Y cuando apenas se había sentado nuevamente ante su obra recién terminada, llegó, en busca de alguna joya, el mercader Harquer. El cual, al ver el cuadro que Esteban tenía ante sí, exclamó con entusiasmo:

—¡Magnífico! ¡Superior!...; Estuvo usted realmente inspirado al pintar este lienzo! ¿Cuánto quiere usted por él?

—No sé. No quisiera venderlo. Es mi primera obra de arte. Si encuentro el modo de pagar a la modelo, no lo venderé. Lo guardaré para mí.

—Bien. Como quiera. Pero si algún día se decide usted a venderlo, avíseme. Se lo pagaré bien...

—Descuide. Le avisaré.

Se despidió el mercader. Esteban volvió a sentarse ante su amada obra, pensativo y meditando.

Entretanto, Betty, que ya se había despedido, en la calle, de Juanito, disponía, con su padre, de

dar en su casa, con motivo de su vuelta del colegio, una recepción.

Esta idea había nacido en ella aquel mismo día, para seguir con Esteban la comedia, pero ahora, en su casa de ella, ya que, habiéndose terminado el cuadro, ya no tenía objeto para ir al estudio del pintor. El padre, naturalmente, accedió a los deseos de Betty. Y ésta mandó en seguida hacer las invitaciones y aquella misma tarde eran repartidas.

Tan pronto se hizo todo esto, que al volver Juanito a la buhardilla ya recogió en la portería la carta para Esteban en que iba la invitación.

Subió, pues, la escalera todo lo de prisa que pudo e irrumpió en el estudio de su amigo gritando:

—Una carta para ti... ¡Y perfumada!

Rompió Esteban el sobre. Sólo había dentro la tarjeta de invitación, impresa, que decía: «Eulogio Plimton y su hija Betty tienen el honor de invitar a usted a la velada que darán esta noche en su casa.»

—¡Chico! — exclamó alborozado Juanito. — ¡Esto significa, sencillamente, que esta noche comeremos!

—¡No comeremos, Juanito! — contestó sonriendo Esteban. — Comeré, en singular, que no es lo mismo. La invitación viene dirigida a mí y no a los dos.

—Es verdad — confirmó Juanito con tristeza. — ¡Es verdad! Pero, ¿tendrás valor de marcharte a un banquete y dejarme a mí aquí?

—Amigo mío... ¡las circunstancias!... Yo no soy nada más que un invitado. No puedo, por tanto, invitarte a ti...

—No puedes... Mejor sería que dijeras que no quieres...

Esteban no contestó. Los dos amigos se miraron en silencio durante un largo rato, como buscando alguna frase convincente, el uno con un propósito, el otro, en el fondo, con igual objetivo: el de encontrar la manera de ir los dos a aquella fiesta. Pero como caíaban ambos, estaba claro que no encontraban la idea salvadora. Esto, al cabo de unos instantes, les hizo ponerse tristes...

II

Esteban, al fin, para desechas las ideas tristes, dijo:

—Bueno. Me voy a la peluquería a que me corten el pelo, para poder presentarme decentemente.

—De todas maneras, todos se darán cuenta de que eres un bohemio, te lo aseguro.

—Me pondré una corbata elegante, para despistar.

Diciendo esto, se acercó a su armario para sacar la ropa de los días señalados: la camisa blanca, el cuello, los puños, el frac. Al coger esta prenda, se dio cuenta de que un dedo se metía al través de la tela. Y exclamó desalentado:

—¡Se lo ha comido la polilla! Tendrás que prestarme el tuyo.

—Perfectamente. Te lo prestaré. Pero con una condición. Alternaremos. Yo te ofrezco la mitad de mi frac, a cambio de la mitad del banquete.

—Pero...

—Nada, lo dicho. Ya encontraremos el modo

de entrar los dos. Y cuando entremos, mientras tú estés en el salón, yo estaré oculto en cualquier parte, en el cuarto de aseo, por ejemplo. Y viceversa.

—Bien. De acuerdo.

Las recepciones de Plimton eran siempre un acontecimiento en la vida mundana de la gran ciudad. Acudían a ellas, además de muchas personas interesantes, las más bellas mujeres.

A la hora señalada empezaron a llegar ante la puerta del millonario un sin fin de lujosos automóviles. Esteban y Juanito se acercaban también, pero a pie. Un poco antes de llegar, Esteban, parándose en medio de la calle, exclamó:

—Mitad de tu frac... mitad de mis guantes... ¡Todo a medias!

—Sí. Pero ¿qué ibamos a hacer, si sólo hay el frac mío y los guantes tuyos?

—Y de dinero, ¿qué dinero tenemos?

Contaron.

Al ver el resultado, Esteban dijo:

—Tomaremos un taxi cerca de la casa de Plimton, y así nos daremos el pastin de entrar como dos grandes señores...

Lo tomaron, en efecto. Pero cuando ya hubieron bajado de él, se acordaron de que sólo tenían una entrada. Esteban dijo a Juanito:

—Yo subiré primero y te echaré la invitación por la ventana, para que tú puedas entrar.

Entró Esteban. Y se encontró con algo inesperado. Las tarjetas habían de dejarse en una bandeja que presentaba el portero. No tuvo más remedio que dejar la suya. Después de esto, hubo de hacer una infinidad de equilibrios para aprovechar un descuido del hombre que guardaba las invitaciones y arrebatársela una. Cuando la consiguió, subió a escape a tirarla por la ventana, como había pro-

medido. Quiso la mala fortuna que la tarjeta fuese a caer en el fango de la calle. Juanito hubo de limpiarla, pero fueron inútiles todos sus esfuerzos. Quedaron unas manchas tremendas. No obstante, se decidió a entrar y, arrojando la invitación en la bandeja, corrió escaleras arriba para no ser reconocido por el portero. Y cuando llegó ante Esta-



ban, que le esperaba en el cuarto de aseo, como habían convenido, le dijo:

—Me has hecho hacer el ridículo con la invitación... ¡La has tirado al barró y la he tenido que entregar toda manchada!

Entretanto, el portero se había ido a buscar al detective que el dueño de la casa contrataba siempre que había recepción para vigilar a los invitados que parecieran sospechosos, y, al encontrarlo, le dijo:

—Esta tarjeta tan manchada acaba de entregármela un caballero que me ha parecido sospechoso. Creo que ha entrado en el cuarto de asco.

Subió el detective y empezó a vigilar el cuarto indicado.

Dentro, Esteban y Juanito hablaban, concertando su plan.

—Echemos suertes — dijo Esteban, — a ver a quién le toca bajar primero a la fiesta.

Como no tenían ninguna moneda para esta operación, Juanito cogió un trozo de jabón, lo ensució con la suela de su zapato por un lado y dijo:

—La parte sucia es la tuya y la limpia la mía.

—Conformes. Yo soy sucio y tú eres limpio.

Tiró Juanito el jabón. Y al caer al suelo, ambos se arrodillaron para ver quién debía ser el primero.

En esto, entró el detective. Se pusieron en pie, un poco confusos, sin saber qué decir. El detective, sonriendo, salió. En seguida los dos artistas volvieron a tirarse al suelo en busca del trozo de jabón. Al fin lo encontraron. Y Esteban gritó:

—¡Sucio!... ¡A mí me toca bajar!

—No te olvides de subir después del primer baile... ¡Mira que si me haces esperar me las pagarás luego!...

Se vistió el frac, en un momento, nuestro protagonista. Y bajó en seguida al salón, lleno por completo de invitados.

Betty, que esperaba ya hacia rato al pintor, en cuanto le vio se acercó a él y le saludó atenta. Esteban, asombrado de verla allí, le preguntó:

—¿Cómo ha podido usted entrar aquí?

—Y usted, cómo entró?—repuso la joven.

—Me enviaron una invitación los dueños de la casa.

—Yo no he sido tan afortunada como usted... El portero me conoce y me ha dejado entrar...

—¿Qué extraño!

—Sí, muy extraño, pero así es.

Contentos de haberse encontrado, procuraron apartarse a una estancia, vecina al salón de la fiesta, en donde se sentaron en un amplio y mullido asiento, adonde volvieron nuevamente después de haber bailado el primer vals.

Entonces, a tiempo que se sentaba, Esteban murmuró:

—Juraría que he olvidado algo...

Había olvidado, en efecto, pero de modo absoluto, que su amigo Juanito lo esperaba. Tan bien se encontraba al lado de su modelo. A la cual, después de los primeros momentos de timidez, comenzó a decir las más finas galansterías, las frases más gauchas y más inspiradas, que Betty oía con singular complacencia.

Aunque realmente había olvidado a Juanito, en su inconsciencia estaba bien presente el malestar que se produce cuando uno sabe que ha olvidado algo y no puede recordar que es lo que ha olvidado. Así, en medio de sus palabras delicadas para Betty, volvió a murmurar:

—¡Estoy seguro de que tengo que hacer algo y no me acuerdo qué es!

En esto, se acercaba a ellos el dueño de la casa. Betty, al ver llegar a su padre, procuró, sin que Esteban lo notara, alejarse. De modo que cuando llegó junto al pintor, éste estaba solo. Se saludaron y atentamente. Y el padre de Betty le preguntó:

—¿No ha visto usted a mi hija?

—No, señor—respondió Esteban. Y agregó alegremente:—En cambio acabo de pasar un rato

agradabilísimo con una muchacha que he conocido en mi estudio.

El dueño de la casa, a quien no agradó esta respuesta de Esteban, se alejó de él sin grandes atenciones y entró en el salón de baile, donde, presentando a un viejo amigo suyo, dijo a su hija:

—Ven Betty... El señor Hildebrand tiene mucho interés en bailar contigo el primer baile.

Accedió Betty de malhumor, pues se disponía, supuesto que ya no había el peligro de que su padre los viera volver a la estancia en donde había dejado a Esteban. El cual, en cuanto se quedó solo, empezó a meditar en lo que pudiera habersele olvidado. Y de súbito exclamó:

—¡Juanito!... ¡Estará como una fiera...!

Subió rápido al cuarto de aseo y entrando, dijo a su amigo:

—Perdóname, chico... Me había olvidado completamente de que estabas aquí.

Entregó Esteban el frac, explicó a su amigo que estaba en la recepción la modelo y, al despedirse, le dijo:

—Vuelve en cuanto termine el baile... y dile a Julieta que me reserve el próximo...

Salió Juanito y pronto estuvo en el salón, donde no conocía a nadie. Betty, poco antes, con el achaque de que se le había torcido un pie, dejó de bailar con el viejo amigo de su padre, y corrió al sitio donde había dejado a Esteban. Al no encontrarlo, se sorprendió, pero se sentó para esperarle, segura de que volvería. Y cuando apenas se había sentado, vio llegar a Juanito, con gran sorpresa, pues que ella recordaba bien que sólo había enviado una invitación. Fingió, no obstante, naturalidad, como si estuviera enterada de todo.

Y Juanito, riendo, le preguntó:

—¿De modo que usted también viene a darse un banquetito?

—Usted se equivoca, Juanito... Esto es una recepción y no un banquete.

—Entonces, ¿no nos darán nada de comer?

—Me parece haber oído decir al portero que había helados.

Juanito no contestó. Pero el gesto que se pintó en su rostro fue más expresivo que cualquier ingenua contestación.

Después de una pausa, Betty preguntó:

—¿Dónde está Esteban?

—Arriba. Acaba de decirme que no le gustan mucho las mujeres que hay aquí...

—¿Eh?

—Así lo ha dicho. Además, ahora le toca a él sufrir los efectos de una pequeña venganza.

Betty no entendió a Juanito. El lector sí lo habrá entendido. Juanito se vengaba de la tardanza de su amigo, antes, cuando él se había quedado en el cuarto de aseo.

Y bien, en efecto, se vengaba. Pues estuvo junto a Betty durante mucho tiempo. Entretanto, arriba, Esteban, siempre que oía llegar a alguien, como estaba en mangas de camisa, se doblaba los puños hacia arriba y se lavaba las manos de modo que fuese quien fuese el que llegara no se sorprendiera de verle allí. Tantas veces hubo de repetir esta operación, que estaba ya desesperado.

Fuera, el detective no le perdía de vista. También lo vigilaba el criado que estaba al cuidado de aquel cuarto, un joven japonés que no salía de su asombro viendo a Esteban lavarse tanto y gastar tantas toallas.

Pero Esteban ignoraba que era vigilado. Al tener nuevamente que repetir el lavatorio, exclamó:

—¿Señor, lo que es de esta vez le sacó brillo a las manos!

Entró el detective y, con ironía, que él no advirtió, le preguntó:

—¿Qué, está fresca el agua?

—Sí, no está mal—contestó Esteban, sonriendo.

Salió el detective, para seguir vigilando desde fuera y entró el criado con un nuevo montón de toallas, que dejó al lado del lavabo. Y dijo a nuestro protagonista:

—¿Tendrá usted ahora bastantes toallas?

Esteban se dio cuenta, por esta pregunta, de que se sabía lo que hacía allí. Y se dispuso a poner fin a su situación. Se colocó, pues, el abrigo y salió, decidido a encontrar a Juanito.

El portero, que le vio bajar con abrigo, creyó que se marchaba y le abrió la puerta, en la cual había un auto de alquiler, que el portero, sin fijarse en ello, creyó también que debía ser del que se marchaba. Y, consecuentemente, llamó al chófer. Esteban, pues, hubo de subir al auto.

Ya en él, dijo al chófer:

—Una vuelta a la manzana y regrese aquí otra vez.

Un momento después, claro es, volvieron. Y como Esteban no tenía ni un céntimo, dijo:

—Espérame. Saldré en seguida.

Entró, después de esto, en la casa. Y al cerrar la puerta después de haber entrado, lo vio el padre de Betty. Y como llevaba abrigo, supuso, como el portero poco antes, que se marchaba. Acudió, pues, presuroso y dijo:

—¿Se va usted ya, Esteban?... ¡Oh, cuánto lo siento! ¡Y sin que le haya visto mi hija! Pero, en fin, váyase. Lo comprendo todo. No debemos distraerle de sus ocupaciones artísticas...

Esteban no tuvo más remedio que volver a salir. El chófer le esperaba. Subió al auto y ordenó:

—A la Quinta Avenida. Ya le diré allí dónde tiene que parar.

Y a tiempo que el chófer emprendía la marcha, él bajó por el otro lado del auto.

Volvió a entrar en la casa. Pero estaba el portero. Hubo de volver a salir a la calle. ¿Qué hacer? Subió a una pequeña azotea de un lado del edificio, que daba precisamente al cuarto de aseo en donde tan mal rato había pasado. Una puerta estaba entreabierta. Entró. Todos los criados estaban allí preparando el helado. No le vieron entrar, pero comprendió que debía marcharse y se marchó. En la azotea otra vez, quiso volver a la calle. Pero vio que el auto que había mandado a la Quinta Avenida, volvía, y que el chófer, extrañado, le buscaba por todas partes. No era posible huir de allí sin ser visto. Miró hacia arriba. Había un balcón abierto. Se quitó el abrigo y empezó a subir pared arriba, cogiéndose a una cañería de agua. Al fin, en mangas de camisa, entró en aquella parte de la casa, que eran precisamente las habitaciones del dueño...

Entretanto, abajo, se repartía el helado. Betty y Juanito, juntos en el asiento que ya conocemos, recibieron su parte. Pero aun no había empezado a tomarlo, cuando llegaron junto a ellos, con objeto de tomar allí el suyo, el padre de Betty y el viejo con quien ésta no había querido bailar. Betty, para no ser descubierta ante Juanito, le entregó su copa de helado, pretextando que tenía que hacer algo urgente, y se alejó.

Juanito no sabía qué hacer con las dos copas en la mano. Fue a poner, pues, la de Betty debajo del asiento para poder tomar la suya. Pero al hacer este

movimiento, volcó la copa que quería reservar para sí en el pantalón del dueño de la casa, el cual dijo a Juanito alguna frase dura y salió corriendo hacia sus habitaciones para cambiarse.

Esteban lo oyó llegar y se ocultó. El padre de Betty, en cuanto entró, se quitó el frac y lo puso sobre un biombo, entrando después en una salita reservada. Esteban vió aquel frac como una prenda salvadora. Se lo colocó y salió a escape hacia el cuarto de aseó. Los que le vieron con aquel frac, que no podía estarle más mal de lo que le estaba, rieron. Pero él no se daba cuenta de ella. Cuando llegó al cuarto de aseó, encontró allí a Juanito, que había ido también, no para buscar a su amigo, sino buscando un refugio. Al ver llegar a Esteban con aquel frac absurdo, rió de buena gana, olvidando su preocupación por lo que le había ocurrido con el beato.

Esteban le reprochó su tardanza. Juanito, irónicamente, le repitió sus mismas palabras de poco antes:

—Perdóname, chico... Me había olvidado completamente de que estabas aquí... Pero, hablemos de otra cosa. ¿A quién le has robado ese frac?

—Lo he pedido prestado. Ahora, cuando me ponga el muestro, el frac para dos, te pones tú éste y me harás el favor de devolverlo. Subes por la escalera y en el piso primero, primera puerta de la derecha, entras y encontrarás a su dueño, que lo espera...

Quedaron de acuerdo. Juanito se colocó el frac absurdo, que a él le estaba peor aún que a su amigo, y salió a devolverlo. Mientras, Esteban se vistió con el frac para dos y volvió al salón, deseoso de reemprender la charla con su modelo.

El dueño de la casa, que ya se había cambiado

el pantalón, buscaba, por todos los rincones de su habitación, el frac. Y claro, no lo encontraba. Y se decía:

—¿Si me habré vuelto loco? Juraría que lo dejé aquí.

En esto, entró Juanito y dijo:

—Vengo a devolverle a usted su frac...

—¿Si?

El padre de Betty, ni corto ni perezoso, tocó un timbre. Un momento después, las habitaciones estaban llenas de criados, que se apoderaron de Juanito para entregarlo al detective.

En seguida, y antes de que Esteban encontrara a Betty, hallándose él en el salón buscándola con la vista, vió que bajaban, a empujones, por la escalera, a su amigo. Y dijo para sí:

—¡Lo están linchando!

Y como sabía que aquello, de cualquier modo, no había de tener mucha transcendencia, se hizo el propósito de hacer como que no conocía a Juanito. Pronto, mucho antes de lo que él se figuraba, había de presentarse esta ocasión.

En efecto, Juanito, al verle, se dirigió a él y al dueño de la casa, diciendo:

—Se equivoca usted—al dueño de la casa.—Ese señor—a Esteban—me conoce y responderá por mí.

Interrogaron, criados y dueño, con la mirada, a Esteban. Y éste contestó:

—¿Yo?... Es la primera vez que lo veo...

Y se alejó para no dar lugar a más explicaciones.

En aquel momento encontró a Betty. Y comprendiendo que lo mejor era marcharse, dijo a la joven:

—No me encuentro muy bien... Me voy a casa.

Y sin hablar ni una palabra más, corrió hacia el cuarto de aseó, dejó allí el frac para que Juanito

tuviera después con qué salir de la casa, y, en mangas de camisa, volvió a la azotea, en donde se puso el abrigo, allí dejado poco antes, bajó procurando que no le viese el chófer y se encaminó a su buhardilla.

El dueño de la casa dijo a Juanito que fuese a vestirse, para poder después, ante todos, averiguar la verdad de lo ocurrido.

Y Betty, que se había dado cuenta de todo lo ocurrido y que había supuesto que por esta causa se había marchado Esteban, aprovechó el momento en que Juanito fué a vestirse para acercarse a su padre, al que dijo:

—Papáito, estoy muy cansada y quisiera acostarme.

—No digas eso, Betty... ¿Olvidas que hay que hacerles los honores a nuestros invitados?

—Bueno. Permítame, por lo menos, que me retire un rato a descansar. Después volveré.

—Concedido.

Betty lo que deseaba era ir en busca de Esteban. Procuró, pues, salir sin ser vista, subió en su auto y ordenó al chófer la dirección del pintor.

Cuando ya ella había salido, bajó Juanito, el cual dijo al dueño de la casa:

—Lo aseguro que se engaña usted. Y tiene que escucharme... ¡Mi amigo Esteban Morgan ha sido el causante de todo este lío!

—Pero si él ha dicho que no lo conocía...

—No querín ser descubiertos.

—Bien. Ya se ha marchado. Pero como esto debe quedar arreglado cuanto antes, ahora mismo se viene usted conmigo a su casa y allí averiguaremos la verdad.

—Vamos, sí, ahora mismo.

Se dispusieron a marchar. El portero salió para avisar al chófer y volvió pálido.

—Señor—dijo,—su auto no está. ¡Lo han robado!

—Telefóne a la policía. Y que venga un auto cualquiera.

—Hay uno en la puerta, de alquiler.

—Subiremos en él.

Subieron, en efecto, en él. Y poco después, al llegar a la puerta de la casa en donde vivía Esteban, encontraron allí el auto. Naturalmente, puesto que había ido en él Betty. Pero el padre de la joven supuso que Esteban había sido quien se apoderó de su coche. Por lo cual, y por lo que ya había pasado, subía la escalera colérico contra el pintor.

En la buhardilla, Esteban, que había recibido una gran sorpresa con la visita de su modelo, hablaba con ella, prodigándole sus frases más emocionadas.

De súbito oyeron ruido en la escalera. Betty se asomó y vió que quien subía eran su padre y Juanito. Volvió a entrar, confusa, pensando:

—Ahí vienen Juanito y mi padre.

Luego dijo en voz alta:

—¡Ahora se va a descubrir todo!

—¿Todo? Pero, ¿qué es todo? ¿Qué es lo que se va a descubrir?—preguntó con extrañeza Esteban.

—No me pida explicaciones—contestó Betty.—¡Escóndame! ¡Escóndame antes de que lleguen!

Esteban, sin comprender nada, la ocultó detrás de un biombo.

Un momento después irrumpía en la buhardilla, de modo violento, el padre de Betty. Y gritó:

—Me robó usted en casa el frac. Me ha robado

después el auto. ¡Caramba, es usted muy aprovechado!

Esteban, asombrado en grado sumo, repuso:

—No sé qué es lo que dice, señor.

—¿No lo sabe? Ahora verá.

Y comenzó a acercarse a él con visible intención de atacarle. Esteban, que no creía digno hacer resistencia a un hombre mayor de edad, en lugar de hacerle frente, procuró alejarse, quitar la ocasión de recibir un golpe. Pronto, tan asidua era la persecución del padre de Betty, tuvo que correr en torno a los muebles. El viejo le seguía de cerca.

Juanito, entretanto, se divertía con aquella escena. Y en una ocasión en que iba a ser atropellado por Esteban, al apartarse presuroso, tropezó con el biombo y lo echó a rodar, con lo cual se descubrió la presencia de Betty allí.

—Su padre, al verla, exclamó, sorprendido:

—¿Tú?

Esteban, mientras corría, replicó:

—¡No le tolero a usted que se permita tutear en esa forma a mi modelo!

Betty quiso intervenir y dijo:

—Por Dios, papá!... ¡Que es el sobrino de la señora Morgan!

Cuando Betty dijo eso, Esteban estaba lejos de ella y no oyó claramente sus palabras. En cambio sí oyó bien las que contestó su perseguidor, que fueron:

—¡Cállate tú!

Y volvió a protestar:

—¡Le prohibo que tutee a mi modelo!

—¿Qué habla usted de modelo?... ¡Si es mi hija!

—¿Su hija? ¿Mi amiga de la infancia? ¡Qué sorpresa! ¿De modo —añadió dirigiéndose a la jo-

ven—que es usted Betty? ¿Cómo es posible que no la haya reconocido? ¡Qué torpeza!

Decía todo esto sin cesar de correr, huyendo de la persecución del millonario. De pronto, éste, en su carrera para alcanzar al pintor, se fijó en el cuadro para el que había servido de modelo su hija y quedó maravillado. Tan maravillado, que se paró en seco, ante el lienzo, en actitud reverente y admirativa.

Esteban también dejó de correr y, aunque con desconfianza, se fué acercando poco a poco a su obra querida. Juanito, advertido de la admiración del millonario, y viendo en ella un futuro negocio, con el que tendrían comida para mucho tiempo, se acercó también al lienzo. E igualmente hizo Betty.

El millonario, cada vez más admirado ante aquel bellísimo retrato de su hija, comprendió que ella realmente había sido la modelo del pintor, aprovechando la absoluta libertad en que él la dejaba. De modo que no había contradicción en la disputa tenida con el pintor mientras lo perseguía. Betty, en efecto, era su hija, pero también era la modelo de Esteban. Sonrió de esta coincidencia, pintoresca y llena de gracia. Y dijo, con palabra segura, preguntando algo que ya sabía:

—¿Quién ha pintado ese cuadro?

Esteban, acercándose más a su perseguidor, con una alegría que le rebotaba en todo su rostro, contestó:

—Siento mucho tener que decíselo, señor..., pero he sido yo...

—Diga usted su precio.

—No quería venderlo...

—Diga usted su precio, repita. El cuadro es ya mío.

—Bien, sea suyo. Se lo cambio por la modelo.

A Betty le dió un salto el corazón. Era lo que esperaba. El amor que tenía por Esteban era superior a toda ponderación. Pero simuló sorpresa y dijo:

—¡Nunca lo hubiera creído!

Esteban la miró con toda su alma.

Y ella añadió:

—¡Pues ahora soy yo la que no quiero!

Y salió corriendo escaleras abajo. Esteban dejó a Juanito y al millonario hablando de las excelencias de su obra y salió en persecución de su amada.

La alcanzó en el último tramo de la escalera, cerca ya de la calle; la sujetó con sus brazos; la miró a los ojos. Y como la mirada de ella estaba también henchida de amor, la besó con pasión en la boca. Aquellos besos tan fervientes, eran la promesa de una felicidad duradera.

FIN

Nueva Colección de Postales-retratos

DE

ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

(FOTOGRAFIAS)

AGNES ALBIS	PAULINA FREDERICK
ARTHUR B. ROSE (Dally)	ELIZABETH FAIR
MARY ANDERSON	ELISE FERGUSON
ART ACORD	ALICE B. FRANCO
ITALIA ALMIRANTE MANCINI	MATTHE GROSS
FRANCESCA BERTINI	JACQUELINE GODSON
ALICE BRADY	EDUARDO (Hoot) GIBSON
ENID BENNET	CLARA HORTON
CONSTANCE BENLY	LILLIAN HALL
RICHARD BARTELMIS	CAROL HOLLOWAY
GEORGE BISCOT	ERSHIE HAYAKAWA
ARMAND BERNAT	WALTER HERS
MARGARITA CLARKE	HELEN HOLMES
JAWEL CARMEN	WILLIAM S. HART
HARRY CARMY (Dayana)	CHARLES HUTCHINSON
GRACE CENARO (Louise Howell)	WANDA HAWLEY
JUNE CAPRICE	GARET HUGHES
JANE COLW	JACK HODGE
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
NANCY CAPEI	ALICE JOYCE
IRVING CASTLE	LEATRICE JOY
CHARLES CHAPLIN (Charlotte)	ROMUALD JOUBE
CHARLES CHAPLIN (Charles), pal-	MARIA JACOBINI
mino	MADGE KENNEDY
ION CHANEY	BUSTER KEATON (Dampier)
GENNA CHADWICK	DORIS KENTON
LUCY DORRINE	MOLLIE KING
GEOR DANIELS (Gila)	JAMES KIRKWOOD
DOROTHY DALTON	TILDE KASSAY
HELENA DARTY	NORMAN KERRY
VIOLA DANA	DIANA KARRERE
KATHERINE MAC DONALD	NATALIA KOWANOW
WILLIAM DUNCAN	CLARA KIMBALL
CAROL DEMSTER	LOISE LOVELLY
HACHEL DAVYDIN	BERT LITILL
FRISCELLA DEAN	ELMO E. LINCOLN
REGINALD DIMIT	BESSIE LOVE
WILLIE DOWE	DOUGLAS MAU LEAN
MINA DRENI	VICTORIA LEPANTO
WILLIAM DESMOND	MITCHELL LEWIS
MIS DU-PON	HAROLD LLOYD (Ed)
MAXINE ELLIOT	MARGARET LIVINGSTONE
MARGARITE FISHER	LUISE LORRAINE
FRANCIS FORD (Claude Hugot)	ANNA LITTLE
WILLIAM FARNUM	LAURA LA PLANTE
FRANKLIN FARNUM	MAX LINDER
DOUGLAS FAIRBANKS	MAE MERRAY
GERALDINE FARREAR	BLANCHE MONTEL

MARGARET MARSH
 MARY MALES MINTRE
 MAR MARSH
 GASTON MITCHEL
 SHIRLEY MARON
 TOM MIX
 M. NATILE
 TOM MOORE
 JACK MULLHALL
 LITA MASA
 ANTONIO MORENO
 THOMAS NEIGHAN
 UNETH MADDIE
 MACISTE
 SANDRA MILONAVOFF
 CHARLES MACK
 FRANK MAYO
 POLA NEGRI
 ALLA NAZIMOVA
 RENEE NAVARRE
 HABEL NORMAND
 ANA Q. NILSON
 SYNA OWEN
 MARIA OSBORNE
 LIVIO PATANILLI
 BORIS PAWN
 HELEN PERCY
 JACK PICKFORD
 HEDDY POLO
 BARY PAGE
 MARY PICKFORD
 MARY PHILBIN
 MARIE PREYER
 JEAN PAGE
 BENNY PORTER

PRINCE Tsaiustland
 HOUSE PETERS
 WILL ROGERS
 WILLIAM RUSSELL
 WALLACE RYD
 CAMILO DE ROSO
 HERBERT RAWLINSON
 RUTH POLAND
 CHARLES RAY
 JOE RYAN
 FRITZI BITTGEWAY
 MARCELLE ROLLIT
 M. RINSUKI
 PATRI RUTH MILLER
 PAULINE STARK
 GUSTAVO SHERINA
 LARRY SEMON
 GLOEIA SWANSON
 ANITA STEWAR
 CLARIS SELWYNE
 MADLAINE TRAVERS
 OLIVE THOMAS
 NORMA TALMADGE
 CONSTANCE TALMADGE
 ALICE TERRY
 VERA VREGANI
 VIRGINIA YALLI
 ROBERTO VALENTINO
 FANNY WARD
 PEARL WHITE
 GEORGE WALSH
 MARIE WALCAMP
 BEN WILSON
 GLADIS WATTON

20 CÉNTIMOS EJEMPLAR

Diez por ciento descuento tomando toda la colección.

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por Giro
 Postal a **Publicaciones Mundiel**.—Apartado 925, Barcelona.



Cine Popular

Revista semanal ilustrada. — Sale los miércoles. — 20 páginas con profusión de grabados, elegantes cubiertas a colores y preciosas fotografías por el nuevo procedimiento del hueco-grabado. — Precio, 20 céntimos.

CINE POPULAR no es una revista cinematográfica como tantas en su género, únicamente interesantes a los industriales, comerciantes y personas relacionadas con este arte. No es tampoco una publicación, aunque excelente, cara.

CINE POPULAR reúne a las condiciones de economía todas las excelencias de información, ilustración gráfica, actualidad e interés de las mejores revistas, aventajándolas aun en muchos casos, ya que sus artículos son originales y sus informaciones inéditas en España. A esto junta, como su nombre indica, el especialísimo interés popular, social y artístico, tratando estos asuntos e ilustrándolos con la simpatía y docto conocimiento que se merecen.

Además de los artículos, críticas, informaciones, etc., contiene cada número cuatro páginas de folletín encuadernable, argumentos de las principales obras, siluetas documentadas de los grandes artistas, cuentos y anécdotas del Cine, notas de interés, etc., etc.

Tiene además, a disposición de sus lectores, una magnífica colección de argumentos cinematográficos elegantemente editados y un archivo riquísimo de postales de todos los artistas de la pantalla.

Para pedidos: «Publicaciones Mundials»,
Barbará, 15. Apartado Correos 925. Barcelona